



1910: el año que fuimos centenario.

Del festejo a la memoria escrita



Catafalco en Palacio Nacional para la ceremonia de apoteosis de los caudillos y soldados de la guerra de Independencia, 30 de septiembre. Fototeca "Constantino Reyes-Valerio" de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, inv. 351962.

Durante las más de tres décadas que el régimen de Porfirio Díaz dirigió los destinos de México (1876-1910), fue desarrollándose muy de cerca su extenso y documentado imaginario de época, el cual posibilitó un análisis historiográfico que abarca casi todas sus facetas y disciplinas. Fue una etapa histórica cubierta hasta la saciedad, gracias al desarrollo de las comunicaciones y la tecnología, pues las novedosas imprentas —cuyas rotativas se llenaron de libros, periódicos, revistas y un sinnúmero de libelos, desplegados y folletos—, también se valieron de la fotografía, la publicidad, la litografía y la caricatura para inundar gráficamente cada uno de los rincones del país. De acuerdo con la tesis manejada por la investigadora Denise Hellion, los códigos culturales del Porfiriato se aprendían a través de la prensa, la literatura y la convivencia social, más allá de la educación formal e informal existentes. “Se aprovecharon los canales de información impresos y los espacios públicos, donde la comunicación gestual valorada como adecuada era expuesta ante transeúntes o miembros de un grupo. En muchos aspectos se siguió un esquema europeo para la promoción de las formas de conducta y la adopción de modelos de vestimenta y educación.”¹ Desde el último cuarto del siglo XIX y hasta la primera década del XX, la transmisión de mensajes masivos se llevó a cabo a través de la prensa, el medio de expresión por antonomasia de la opinión pública para informar, criticar, educar, expresar ideas y estados de ánimo; recoger memorias, reconstruir la historia, formar opinión, politizar o despolitizar, contribuir al desarrollo de identidades de carácter local, regional, nacional, de género y de clase.²

* Profesora-investigadora, Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones-INAH.

¹ Denise Hellion, *Exposición permanente. Anuncios y anunciantes en El Mundo Ilustrado*, México, INAH/UAM-A, 2008, pp. 18-19.

² Cfr. Nora Pérez-Rayón Elizundia, “El periodismo en el Porfiriato. Percepciones y valores en la gran prensa capitalina hacia el año de 1900”, en Graziella Altamirano (coord.), *Prestigio, riqueza y poder. Las élites en México, 1821-1989*, México, Instituto Mora, 1999, p. 7.

► Fiestas del comercio, la banca y la industria. Desfile de carros alegóricos, 4 de septiembre. Carro de la Industria, 4 de septiembre. Fototeca “Constantino Reyes-Valerio” de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, inv. 352746.



Inauguración de la columna de la Independencia, 16 de septiembre. Fototeca "Constantino Reyes-Valerio" de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, inv. 351940.

El Porfiriato tuvo una ambigua relación con la prensa: por una parte, abría el campo hacia la difusión del proyecto modernizador del país; daba rienda suelta a las plumas que esgrimían (dádivas y subvenciones de por medio) los logros económicos y políticos del gobierno. Por otra, iba endureciendo las sanciones hacia los periódicos de oposición que pugnaban por la libertad de expresión, que hacían hincapié en la ausencia de vida democrática y que teñían de reverses la magnánima obra de Díaz, investido en proveedor de la paz y el progreso. Estos métodos de control sistemáticos se recrudecieron con los años y más en cada reelección, pues la manipulación de la legalidad vigente en materia de imprentas provocó que la prensa independiente se enfrentara a absurdas y elevadas multas, encarcelamientos por denuncias anónimas de difamación y sedición, cierres de periódicos que, según el gobierno,

“instigaban a las revueltas”, y actos de represión en contra de sus propietarios, colaboradores y jefes de redacción, los cuales eran catalogados como agitadores de masas. Con esta subjetividad de criterios, no se sabía a ciencia cierta cuándo un medio impreso “atacaba” al gobierno; empero, a pesar de la existencia de este aparato estatal de censura y vigilancia, las noticias no dejaban de circular, ya fuera abiertamente o desde la clandestinidad y el exilio.

Dentro de este maremágnum informativo, 1910 fue crucial para la información periodística y los habitantes del país. Año electoral y de construcción de las plataformas y programas de los partidos Liberal, Nacional Democrático y Nacional Antirreeleccionista; de pugnas entre la clase política por la sucesión vicepresidencial (y presidencial a la muerte de Díaz); de crisis de subsistencias debido a debacles agrarias; de inflación y hambre; de festejos inauditos por la conmemoración de los cien años de la Patria. Año, en pocas palabras, que culminó con el estallido de la Revolución. Fue un 1910 de tensa calma, cuyos síntomas de descomposición política y social eran conocidos aunque soslayados por el gabinete porfirista, que confiaba sobremanera en su maquinaria estatal, perfectamente ordenada y dirigida para controlar levantamientos o reprimir actos que alteraran el orden público, máxime durante “el año del Centenario”, cuando se festejaría a la Nación y, por encima de toda responsabilidad patriótica y cívica, se llenaría de loas y ditirambos al caudillo que posibilitó la grandiosidad del país mediante el orden y la paz: se festejaría mercedamente al “águila octogenaria” que remontó el desorden político y logró encauzar —por la vía de la legalidad, la liberalidad y el ideal positivista— los destinos de México.

La conmemoración

El siguiente texto borda un suceso emblemático acaecido a comienzos del siglo XX: las Fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México, organizadas por el gobierno del general Porfirio Díaz en 1910; también analiza la manera en que se fue conformando el testimonio de este magnánimo evento a través de la memoria impresa. Aunque la fiesta de Independencia



Porfirio Díaz y miembros del cuerpo diplomático. Fototeca "Constantino Reyes-Valerio" de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, inv. 352701.

ya estaba reconocida oficialmente desde septiembre de 1825, su centenario fue muy significativo, pues el carácter de la celebración cobraba un pretexto ampliado dentro del Porfiriato, e incluso iba más allá de las instituciones y del ámbito gubernamental en el que necesariamente se desarrollaron. La "invención de tradiciones" (como lo anota Eric Hobsbawm para señalar un grupo de prácticas, normalmente gobernadas por reglas aceptadas abierta o tácitamente, y de naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo cual implica, automáticamente, continuidad con su pasado), fue más manifiesta y deliberada en su ámbito gubernamental, toda vez que en gran parte fue obra de instituciones que perseguían fines políticos. Pese a ello, la invención consciente dio buenos resultados, sobre todo en proporción a la medida en que se retransmitió en una longitud de onda con la

que el público ya sintonizaba.³ Es decir, uno de los puntos de la investigación también residirá en el conocimiento sobre el desarrollo de una costumbre popular y una tradición cívica que desde mediados del siglo XIX se celebra año con año, independientemente de los gobiernos conservadores o liberales que han detentado el poder en diversos momentos de nuestra historia, y que han dado su propia interpretación de la Independencia a través de los discursos y festejos organizados para tal fin.

A partir de la revisión de las fuentes y documentos, se han logrado ubicar diversos materiales para la recuperación y el análisis de esta memoria histórica: desde las noticias hasta las imágenes, los filmes de época, las colecciones existentes en acervos públicos y privados, así como memorias y diarios de los habitantes de aquel

³ Eric Hobsbawm y Terence Ranger, *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 274.



Fiestas del comercio, la banca y la industria. Desfile de carros alegóricos. Carro de la Independencia, 4 septiembre. Fototeca "Constantino Reyes-Valerio" de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, inv. 352754.

entonces. Entre todo esto, la hemerografía abrió un campo fértil en la investigación, pues fue el canal por donde circulaba la mayor cantidad de información y donde se virtieron las opiniones más diversas.⁴ La prensa constituyó un medio fundamental en las celebraciones, pues los diarios, revistas y suplementos fueron las fuentes informativas que permearon en casi todos los sectores sociales del país, ofreciendo a los habitantes las últimas noticias y acontecidos. Este corpus periodístico no sólo presentaba crónicas de los festejos, propaganda alusiva a las fechas, certámenes y premios ofrecidos por los diarios, programas de desfiles, procesiones, publicidad septembrina, certámenes promovidos por los periódicos, notas, crónicas y reportajes de las celebraciones. En sus trasfondos ideológicos y sociales también ofrecía al lector diversas opiniones sobre las rencillas políticas entre los candidatos a vicepresidentes; el recientemente impugnado proceso electoral; la solicitud de los partidos Antirreeleccionista y Nacional Democrático ante la Comisión Permanente del Congreso de la Unión para la anulación de las elecciones; el éxito de la campaña maderista y la liberación de la cárcel estadounidense de Florence de los ideólogos anar-

⁴ A pesar de la existencia de desplegados y decretos sobre las bardas, vallas y muros de la capital, los contenidos de éstos se circunscribieron a la programación de actividades diarias

quistas Ricardo Flores Magón, Antonio Villarreal, Lázaro Gutiérrez de Lara y Práxedes Guerrero.⁵

El testimonio

Las Fiestas del Centenario de 1910 tuvieron lugar en todo el país y significaron el colofón del Porfiriato, en un momento en el cual las diferencias sociales y políticas se recrudecían a cada momento. Para tamizar el desgaste político y sus ya fehacientes estertores de decadencia, decía Luis González, "la pasión política se retrajo y al hambre se le distrajo con inauguraciones, desfiles, procesiones, cohetes, repiques, cañonazos, músicas, luces, verbenas, serenatas, exposiciones y borracheras".⁶ A lo largo de un mes, e incluso un poco más, el cumpleaños

de México reunió en su seno a todo el país y en especial a la capital. Nunca como entonces se inauguraron tantas instituciones, edificios, monumentos y avenidas que ofrecían la apariencia de un país moderno y cosmopolita, fincado en el "orden y progreso" que desde hacía más de treinta años anidaba en la nación. Si bien el Centenario fue el mayor dislate de lujo y despilfarro para recordar a las naciones extranjeras, empresarios y hacendados la fortuna y el poder del gobierno, al interior del país sirvió para crear lazos de identidad que parecían olvidados, deshylanados o inexistentes; asimismo, sirvió como un rápido asidero no sólo de costumbres y tradiciones cívicas y populares, sino de confrontación con el pasado prehispánico, con las nuevas proyecciones urbanísticas, las tendencias en el arte, la arquitectura, el ámbito científico y con los derroteros políticos de su momento. En pocas palabras: fue el acontecimiento político y social de la década, cuando

⁵ Para entender los trasfondos de este año histórico, cabe mencionar la existencia de dos obras que centran su análisis en esos álgidos doce meses que cambiarían radicalmente la cara con la cual México entró en el siglo XX: Enrique Canudas Sandoval, *1910. La elección de una muerte anunciada*, México, UAM-I, 1999, y Alberto Morales Jiménez, *1910. Biografía de un año decisivo*, México, INEHRM, 1963.

⁶ Cfr. "El liberalismo triunfante", en *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 1976, vol. 3, pp. 264-265.

se dio al pueblo de México un último solaz resabio para reunir fuerzas y prepararse ante la sublevación.

Al margen de este entorno subyacía una larga presión sobre los intereses populares a punto de estallar, además de que los ideólogos del Porfiriato habían manifestado la urgencia de una renovación política radical. Sin embargo, una fiesta de tal magnitud y esplendor atemperó —tras una cortina de humo— la realidad desbordada de 1910. A lo largo de estas fiestas, los miles y miles de mexicanos asistentes entraron en una comunicación que los identificaba como mexicanos, como portadores de un pasado común que, cien años antes, se había insurreccionado contra la Corona. Sin proponérselo, el gobierno porfirista fungió como medio de enlace entre los mexicanos del siglo XX y una historia que salía a flote y parecía tan lejana. Inconsciente o no, se les ofreció la unidad negada a través de un periodo festivo que otorgaba la suspensión de las reglas y colocaba a sus asistentes fuera de las condiciones ordinarias de la vida. Algunos lo tomaron como el ejemplo más refinado del patriarcado porfirista; otros, la mayoría de los mexicanos, como el reflejo de sí mismos en su propia esencia. Esta fiesta produjo un ensanchamiento del campo de la conciencia; expandió y amplificó la vida del sujeto participante, del mexicano que intuía un cambio, que reconocía sus barreras, sus autocontroles y su censura.

En particular, el año de 1910 tuvo un enorme apoyo de la prensa escrita. Desde enero, las notas en periódicos y revistas ilustradas ya hacían hincapié en los modos de conducir las celebraciones mediante las diversas secretarías y ministerios, y de la coordinación de actividades que devinieron parte esencial en los festejos. No fue gratuito que el sábado 1º de enero, en el *El Imparcial* —el periódico porfirista por antonomasia— se anunciara ya “el primer día del año del Centenario”, con sus epígrafes correspondientes: “Ya está consagrada la obra del señor general Díaz; pasó el periodo de ser discutido y entró serenamente en la historia.” Se anunciaba que sería un año histórico, en el cual la República celebraría “el más importante de los



Fiestas del comercio, la banca y la industria. Desfile de carros alegóricos. Participación del Palacio de Hierro, 4 de septiembre. Fototeca “Constantino Reyes-Valerio” de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, inv. 352643.

acontecimientos registrados hasta hoy en los Anales de su vida libre: el Primer Centenario de su Independencia”. Una primera medida expedida por el gobierno fue lanzar a la circulación los “nuevos pesos” mexicanos, moneda que ostentaba en el anverso el águila liberal y en el reverso la efigie de la Patria sobre un caballo y el año de 1910. Para él ésa fue la primera piedra en la construcción de un imaginario político y social que permearía el año de 1910. De hecho, semanarios como *El Mundo Ilustrado* esgrimían las fotografías de los modernos aparatos numismáticos, es decir, las acuñadoras francesas que iban a producir todas estas monedas. Poco a poco, semanarios y magazines como *Arte y Letras*, *La Semana Ilustrada* y *El Mundo Ilustrado*, junto con los periódicos al servicio del régimen, como *El Imparcial*, *El Debate* y *El Heraldo*, lanzaban las “verdades oficiales” de lo que quiso ser la parte más significativa de 1910: un país rebosante de progreso conquistado por la vía del orden.

Sin embargo, en México la seguridad era aparente; debajo de lo tranquilo bullía lo sometido, lo dominado y lo menospreciado. Mientras que *El Imparcial*, en voz de su director, Rafael Reyes Spíndola, publicaba la parte magnánima del país, donde se elogiaba la paz y el sosiego, *El Hijo del Ahuizote*, a cargo de don Daniel



Gran desfile histórico frente al edificio del Ayuntamiento, 15 de septiembre. Fototeca "Constantino Reyes-Valerio" de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, inv. 351947.

Cabrera, hablaba de tumultos en todos lados. Lo mismo revelaban diarios como el antirreeleccionista *México Nuevo*, dirigido por Juan Sánchez Azcona, o el *Diario del Hogar*, a cargo de Filomeno Mata. A pesar de las críticas de estos impresos, que publicaban las noticias relacionadas con las impugnaciones a la reciente elección presidencial, casi por decreto los problemas domésticos e internos habían pasado a un plano ínfimo y lo "importante" era conocer el grupo diplomático y las familias de sociedad que acudirían a los festejos de septiembre, las inauguraciones de monumentos, edificios e instituciones, así como las suntuosas recepciones y banquetes que se darían cita en la capital —"el París de las Américas", al decir de la élite—. En el idioma oficial, la palabra "paz" se pronunciaría a toda hora a lo largo de 1910. Poco caso se le hacía a la kilométrica campaña maderista, a las voces periodísticas de *El Tiempo*, en cuyas páginas se hacían severos recordatorios sobre la coartada libertad de prensa y, en cambio, ostensiblemente se pretendía denostar los mítines organizados por el Partido Antirreeleccionista y el poco eco

que éstos hacían en sus simpatizantes. A finales de febrero, *El Imparcial* presentó un editorial de Reyes Spíndola en el que expresaba:

Desde la gira de Madero por Veracruz, Yucatán, Campeche y Tamaulipas, hasta la que acaba de realizar por Sinaloa, Sonora y Chihuahua, nos está diciendo en todos los tonos que fue recibido por las multitudes entusiasmadas, que electrizó al pueblo con sus discursos y que, en cada lugar que tocó, dejó organizados clubes antirreeleccionistas compuestos de los elementos más valiosos e ilustrados de la sociedad. Pero el público es menos candoroso de lo que Madero y sus pocos amigos creen, y nadie le concede importancia a su propaganda, para la que carece de todo género de dotes.

Y así, entre dislates políticos y noticias de relumbión, la prensa acaparaba los quehaceres de la vida pública. *El Mundo Ilustrado*, semanario dirigido por don Ernesto Chavero y dedicado a la propaganda porfiriana en todos sus ámbitos y sitios de interés, fue un álgido portavoz de las noticias del Centenario. Dentro

de su columna “Revista de la Semana”, condensaba los acontecimientos relevantes sobre los preparativos de las fiestas de septiembre. Nuevos modelos de París infatuaban los deseos de las damas de sociedad para presentarse a las fiestas con sus mejores galas; se publicaban noticias sobre los invitados extranjeros y los regalos que sus colonias o delegaciones ofrecerían al gobierno; se adelantaban obras y construcciones que serían inauguradas en el “mes de la patria”. Curiosamente, hasta ese momento no existía un protocolo diplomático para las recepciones de ministros y embajadores, las reuniones oficiales y otras ceremonias, como lo anunciaba una nota de *El Mundo Ilustrado* del 19 de junio: “México ha carecido de este importante reglamento, y se trata de subsanar esta falta lo más pronto posible, para lo cual se ha nombrado una comisión encargada de formar el citado protocolo.” Al poco tiempo, y ya con el tratado en la mano, no hubo reparo en abrir las puertas a la diplomacia y sus cortes.

Al llegar septiembre, no existía rincón del país fuera de la red publicitaria y periodística que trataba de convertir la trastocada realidad política en el “paraíso bajo la mano firme del caudillo”. El programa se preparó desde 1907 y en verdad estuvo bien organizado; fue apabullante para mostrar al mundo, sin refutación posible, la pujanza mexicana en todos los órdenes. Sus actividades cundieron por la prensa; se pegaron decretos con la lista de actividades públicas y las noticias corrieron de boca en boca por todos los rincones. Si se hace una lectura global de las notas e imágenes publicadas durante este mes, puede observarse una consecución de eventos estratégicamente planeados para ofrecer a la población e invitados la construcción de un imaginario histórico y social sin precedente. Dependiendo de la clase social perteneciente, se comenzaron a repartir los programas de festejos: los diplomáticos recibieron el calendario de actividades más lujosas y escenográficas; los militares tuvieron el suyo propio, el ministerio de educación otro y el resto de la ciudadanía obtuvo gratuitamente un listado de eventos populares a los que podía asistir, que también fueron reproducidos en la prensa.

Los actos cívicos estuvieron encabezados de modo generacional: a la niñez le tocó realizar el traslado de la pila bautismal del cura Hidalgo, así como la jura infantil de la bandera; la procesión cívica tuvo como protagonistas a los sectores laborales del país; el desfile militar fue organizado por los poderes del Estado, y el último día de septiembre concluyeron con una ceremonia a los caudillos y soldados de la guerra de Independencia en el patio central de Palacio Nacional, donde se dieron cita los viejos liberales y los científicos. La prensa oficial manejó estos actos con solemnidad, encaminando a los habitantes de la capital a darse cita con la mayor gravedad y decoro posible. El 13 de septiembre, *El Imparcial* publicó una nota “invitando” a las damas mexicanas a “saludar con propiedad a la Bandera Nacional”, pues algunas de ellas permanecían indiferentes y no mostraban el mismo respeto que los hombres. En cambio, el semanario *La Risa*, hacía alarde de algunos “contratiempos” de los funcionarios, cuando no pudo ser descubierta la placa conmemorativa en memoria de Doña Leona Vicario: “Y el Señor Gobernador jala, jala y jala ¡Y nada!, que no corre el



Inauguración de la columna de la Independencia, 16 de septiembre. Fototeca “Constantino Reyes-Valerio” de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, inv. 352656.



Gran desfile militar, 16 de septiembre. Fototeca "Constantino Reyes-Valerio" de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, inv. 465204.

mecatito. El Señor Gobernador jala otra vez y el hilo se rompe por lo más delgado. La comparsa vuelve a aplaudir [...] Y yo los imito. ¡Viva el género chico oficial!" Además de estos actos cívicos, existieron otros eventos muy concurridos, como las procesiones públicas, en las que la población salió a las calles y avenidas, recorriendo y haciendo suya la ciudad: el 4 de septiembre, la avenida Paseo de la Reforma lució el espectacular desfile de carros alegóricos del comercio, la banca, la industria y la minería —patrocinado por industrias y casas comerciales— y uno histórico, donde se representaron, al decir de los organizadores, las tres épocas de la historia de México: "la Conquista, la Dominación española y la Independencia".

También miles de ojos presenciaron las inauguraciones de modernos edificios como el Manicomio General, el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, la Estación Sismológica Central, el Edificio del Ayuntamiento, las Escuelas Normales de Maestros y Maestras, la Escuela Nacional de Altos Estudios y los pabellones de España y Japón. No obstante, las más significativas fueron las de los monumentos que han dejado huella en la capital, convertidos en sitios emblemáticos de concentraciones sociales y festivas: el Hemiciclo a Juárez y la Columna de la Independencia. Esta última se hizo famosa desde

sus cimientos, pues *El País* anunció en agosto: "Recibió ya su bautismo de sangre el Monumento a la Independencia. Uno de los veladores fue encontrado moribundo después de un altercado."

Durante el día, las fachadas de las casas, almacenes comerciales y edificios públicos de la ciudad lucían banderas, medallones, imágenes de Hidalgo, Juárez y Díaz, flores y un sinfín de adornos. Toda esta gesta de ruido y muchedumbre se convertía, de noche, en paseos de asombro y curiosidad, pues la iluminación inundaba las principales avenidas, y los edificios más importantes del centro, la Alameda y la Plaza Mayor resplandecían con una luz abrumadora que realzaba los contornos de sus fachadas. La prensa no dejó de lado este espectáculo, y diversas notas periodísticas

tuvieron como tema central y obligado la iluminación en los festejos. *El País* y *El Mundo Ilustrado* trataban de explicar "para la mente de la vulgaridad de los lectores", lo que significaba la instalación de un millón de lámparas incandescentes y un estimado de casi 260 millones de *watts* de electricidad invertidos. La electrificación del país, y en especial de la ciudad de México, mostraba la modernización a través de los adelantos tecnológicos, los cuales también formaban parte del don civilizatorio del régimen.⁷

Sin duda, el núcleo de las fiestas fue el jueves 15 de septiembre: México despertó alborozado; las banderas ondeaban en los mástiles más altos y los funcionarios cruzaban presurosos de un lado al otro de la capital. La prensa y los fotógrafos hacían acto de aparición en las avenidas Juárez y San Francisco, hasta llegar a Palacio, ruta por la que cruzaría el "Gran Desfile Histórico" del medio día, organizado por la Comisión Nacional del Centenario. Por la noche, los habitantes de la capital, cuerpos diplomáticos e invitados especiales presenciaron en el Zócalo uno de los

⁷ Un interesante estudio sobre la electrificación del país durante el Porfiriato se puede consultar en Lillian Briseño Senosiain, "La fiesta de luz en la ciudad de México. El alumbrado eléctrico en el Centenario", en *Secuencia*, núm. 60, septiembre-diciembre 2004, pp. 90-109.

espectáculos de luz más impresionantes de los festejos. A las nueve de la noche la multitud llenaba el Zócalo, y si bien esta ceremonia oficial tuvo gran éxito por parte de la prensa, los representantes extranjeros asistieron a esta “autocelebración” del aparato porfirista sólo para admirar la “fachada” que había perdido energía, credibilidad interior y que, peligrosamente, se acercaba a su fin. En su *Diario*, Federico Gamboa ofreció una pormenorizada crónica de lo que fueron las fiestas; cuando rememoró el día 15 de septiembre, aunque emulaba incondicionalmente los progresos del régimen y se sorprendía del espectáculo de luz que privaba en Palacio Nacional y en Catedral, también testimonió la otra cara: la de una lucha maderista tenaz y, en el fondo, justa. La noche del Grito, Gamboa acompañaba al embajador especial de Alemania, Karl Bunz, en un balcón de Palacio Nacional, para presenciar el “grito”:

De pronto uno, dos fognazos con sus sendos truenos inconfundibles, rayaron la relativa penumbra.

—Tiros, ¿verdad? —exclamó Bunz.

—Posiblemente —repuse— cohetes o tiros disparados al aire por el júbilo que la fecha provoca.

El remolino siguió avanzando hasta desfilar por debajo de nosotros que desde el balcón lo contemplábamos, Bunz intrigado y yo sin sangre, pues ya se descifraban los gritos, vivas a Madero, y ya veíase qué era lo que en alto llevaban: un retrato en cromo del mismo Madero, enmarcado en paños tricolores.

—¿Qué gritan? —me preguntó Bunz.

—Vivas a los héroes muertos y al presidente Díaz —le dije.

—Y el retrato, ¿de quién es? —tornó a preguntarme.

—Del general Díaz —le repuse sin titubeos.

—¡Con barbas! —insistió algo asombrado.

—Sí —le mentí con aplomo— las gastó de joven, y el retrato es antiguo...

Los contrastes sobre las paradisíacas noticias que daba a conocer *El Imparcial* y *El Mundo Ilustrado*, con respecto a las que publicaba la prensa de oposición se hicieron más notorios en las crónicas de las cenas de



Llegada al Museo Nacional de la pila donde bautizaron al cura Miguel Hidalgo, 2 de septiembre. Fototeca “Constantino Reyes-Valerio” de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, inv. 352125.

gala.⁸ El ejemplo más relevante fue el lujosísimo baile —quizás el más importante de los festejos— que tuvo lugar el 23 de septiembre en Palacio Nacional. Los diarios oficialistas se desvivieron en dar la secuencia exacta de los preparativos para la ocasión, pues incluso desde el día 9 en *El Imparcial* se reprodujeron los planos de los accesos a los carruajes y la distribución de los lugares, dependiendo de los asistentes. En las invitaciones se hacía hincapié en la vestimenta: para los señores, uniforme y condecoraciones; para las señoras, vestido de gala. El bufet sería servido por el *gourmet* francés Sylvain Daumont a las 10:00 p.m. Sin embargo, el *Diario del Hogar*, en su artículo “Ecos e impresiones del baile del presidente”, del 28 de septiembre, ofrecía una crónica de burda tragicomedia sobre lo acontecido en Palacio Nacional:

Para el *buffet* se asignó una cantidad que bastaba para proveer de víveres a un Estado de sitio; la falta de mayor personal competente que dispusiera la distribución de las

⁸ Una historia de los festejos centenarios, a través de las recepciones, comidas y cenas de gala ofrecidas por el gobierno a sus invitados, se encuentra en el libro de Rosario Hernández Márquez y Martha Angélica López Rangel, *Los banquetes del Centenario. El sueño gastronómico del Porfiriato*, México, Rosa María Porrúa Ediciones, 2010.



Inauguración del Manicomio General en Mixcoac, 1 de septiembre. Fototeca "Constantino Reyes-Valerio" de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, inv. 353123

viandas y el servicio de la mesa, no sólo dejó qué desear, sino que dejó en ayunas a terceras partes de los convidados, pues mientras que los primeros que ganaron el comedor sacaron las tripas del mal año, comiendo y bebiendo [...] los que siguieron tuvieron que hacer uso de los dedos en vez de cubiertos, improvisar platos de rebanadas de pan, beber aguas gaseosas en vez de vinos y, sobre todo, tolerar sobre las mesas la vista de los platos y cubiertos sucios dejados por los comensales afortunados, y todo no por escasez ni economía, sino por incompetencia del servicio y administración. Los encargados del comedor fueron para decirles a los invitados que nada quedaba ni de comer ni de beber y martirizarlos con el cuadro de los manteles manchados, fragmentos de aves destrozadas, tajadas de carnes frías probadas y manoseadas, bizcochos y pasteles desmigajados y viandas echadas a perder. Unas personas rogaban a los criados se les vendiesen alimentos, otras soportando el asco escogían de las rebanadas de pan seco y las carnes no picoteadas y se hacían tortas compuestas. Ni una copa ni un vaso limpio. En los tocadores de las señoras habían desaparecido los frascos de perfume y el polvo de arroz con todo y polveras.

Las Fiestas del Centenario eran la reivindicación atronadora que curaba a la República de los males

incurables y, de nueva cuenta, el presidente le daba la bendición suprema de la paz. Durante esos últimos días de septiembre, la séptima reelección de Porfirio Díaz era un hecho incontrastable, pues la Cámara de Diputados, erigida en Colegio Electoral, lo ratificó en la presidencia de Díaz y a Ramón Corral en la vicepresidencia, para cubrir el periodo que abarcaría del 1º de diciembre de 1910 al 30 de noviembre de 1916.⁹ Pero nada antojaba más a los reporteros que la toma de posesión del 1º de diciembre, cuando Porfirio Díaz, terminado el besamanos en Palacio Nacional, tuvo a bien comunicarles que él personalmente encabezaría la campaña antimaderista desde el Castillo de Chapultepec, y que sólo en el remoto caso de que los sublevados llegaran a cinco mil elementos, saldría personalmente a combatirlos. Tomó a bien adelantar los datos oficiales de la reelección, que tuvieron lugar en una

nación con 15 millones de habitantes y óptimas condiciones económicas, pues las cifras fiscales arrojaban un superávit de más de 10 millones de pesos, es decir, los ingresos habían sido de 106 millones y los egresos de 95.¹⁰ Como corolario de estas fastuosas fiestas, fue acertadísimo y más que profético el "epitafio" que el columnista Diógenes publicó en *La Risa* del 8 de octubre:

DESPUÉS DEL CENTENARIO

El regocijo oficial, y el regocijo particular por las Fiestas del Centenario ha fenecido. Desde el día 1º de los corrientes hemos vuelto a la vulgaridad de la vida... ¡Un mes de festejos! ¡Treinta días de patriotismo exacerbado! ¡Cuatro semanas de anormalidad en gastos y en género de vida! Los que tengan valor para el balance de ese lapsus de tiempo, quedarán extrañados: unos con satisfacción,

⁹ En 1904, Porfirio Díaz ordenó al Congreso de la Unión modificar la Constitución y ampliar el periodo presidencial —antes de cuatro años— a régimen sexenal, no sólo para permanecer más tiempo en el poder durante cada reelección, sino para hacer coincidir, en 1910, tres anhelos personales: el triunfo de su séptima reelección, su octagésimo cumpleaños y la gran fiesta centenaria ofrecida a la Patria, a Hidalgo y a él mismo.

¹⁰ *El Tiempo de México*, 1º de diciembre de 1910.

otros con tristeza. Aquéllos son los que se han aprovechado en beneficio propio. Éstos, los que se han divertido con perjuicio del patrimonio.

Derroche de luz para quedarnos a oscuras.
 Unos adelgazando para que otros engorden y se redondeen.
 Desengaños para los que tenían esperanza.
 Amigos extranjeros, que se marchan llevando impresiones que darán resultados diversos.
 Recuerdos imperecederos para los héroes.
 Un paso de avance en la mejora de la población.
 Los prohombres del mes, que caen en la indiferencia popular.
 La rutina que nos echa sus carpas otra vez.
 El convencimiento de que otros seres nos sustituirán en el Centenario venidero.
 La vida y la muerte.
 Otros cien años de olvido.
 Otros cien años de luchar por nada
 Mentiras y ambiciones.
 Las notas del Himno que se apagan.
 La enseña nacional ondeando con menos profusión.
 Los espíritus que dejan de vagar por el país de la fantasía.
 Y el progreso, vencedor y egoísta, caminando sin corazón; pero con cerebro, hacia su ideal desconocido.
 ¡Bendito mes glorioso, recibe mi oráculo fúnebre!

Y espera, mes del símbolo patrio, a que cada año te consagren un día de gala y de recuerdos, hasta que completes otros cien de agonías y luchas, que entonces te dedicarán los que vengan, otros treinta días de júbilo oficial, con banquetes, banderas, luces e himnos. La plancha de la suspendida apoteosis de los héroes, broche de oro con que Casarín y compañía cerraron los festejos del mes de las alegrías.

Y así, la desmantelada nave del Estado porfirista hizo todo lo posible para conseguir su propia mortaja dentro de una celebración. “La Esfinge”, como le llamaban sus propios colaboradores a Díaz, fue juez y parte de su derrumbe, al olvidar o soslayar el principio más importante que lo había identificado: “la certidumbre de que las disensiones nunca deben expresarse de modo articulado y en público, si se quiere mantener



Gran baile y cena de gala en Palacio Nacional, 23 de septiembre. Fototeca “Constantino Reyes-Valerio” de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, inv. 641288.

el control”.¹¹ Si bien octubre aún fue mes de resaca festiva, de acomodo de fuerzas y regreso a la alterada cotidianidad que vivió el país durante más de cincuenta días de bombo y platillo, noviembre fue acaso el mes más difícil de digerir y enfrentar, pues las palabras de Díaz y sus ecos en el gabinete trataban de tranquilizar los exacerbados pronósticos de periódicos como *El Diario del Hogar*, *El País*, *El Tiempo*, o *El Constitucionalista*, a través de enérgicos “desmentidos” publicados en *El Debate* o *El Imparcial*. La pólvora regada por todo el país comenzó a levantar chispas en diversos puntos de Chihuahua y Puebla, hasta convertirse, después del domingo 20 de noviembre, en una diseminada rebelión en Veracruz, Coahuila, Durango, Guerrero, Tabasco, San Luis Potosí, Zacatecas, Nuevo León, Tamaulipas, Jalisco y Yucatán. Estas guerras intestinas, convocadas inicialmente para derrocar a la dictadura porfirista, con posteridad se convirtieron en conflictos y enfrentamientos armados entre las facciones revolucionarias encabezadas por caudillos y generales, lo que contribuyó a transformar a México en campo de batalla durante más de una década.

¹¹ Carlos Monsiváis, “Notas sobre la cultura mexicana del siglo xx”, en *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 1976, vol. 4, p. 316.